

EVELIO ROSERO
JULIANA LOS MIRA

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: septiembre de 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

© 2015, Evelio Rosero

© 2015, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4610-3

ISBN 10: 958-42-4610-0

Impresión y encuadernación:

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

a Paula Sanmartín

PAPÁ ME ELEVA hasta el techo sosteniéndome por los codos. Me dice, me gruñe, me muge, me grazna: «A ver, a ver, qué quiere esta niñita de cumpleaños.» Yo río sin poder contestarle. Siento cosquillas en las piernas, la barba de papá es grisosa y es una espina que se hunde en mis rodillas, papá relincha, rebuzna, brama y cacarea, damos vueltas como un trompo, «A ver, a ver» sigue diciéndome; su boca en mi oreja cuchichea, chilla, gime, gorjea, sus labios picotean, las manos de papá como dos redes, sus dedos como lápices pintándome.

—Un barco —puedo contestarle finalmente. «¡Un barco! —grita papá—. Yo pensé que pedirías tres muñecas. ¡Una niña de diez años que pide un barco de guerra!» Empieza a girar y sacudirme con mucha más fuerza, resopla, ulula y croa, dice que es una licuadora y que mis piernas son dos zanahorias, esta vez no siento risa sino miedo, papá resuella, la licuadora va a estallar, papá rebufo, rechifla, se desgarganta, damos botes de caballo hacia adelante y hacia atrás, yo me aferro a su cabeza y cubro su rostro conmigo, de manera que dejo de escuchar su voz. No entiendo qué dice, qué canta, su voz contra mi ombligo es una boca haciendo iplof!, su voz desciende, es un rumor de locomotora partiéndome, pero al poco rato estoy libre de la voz porque papá me baja al piso mordisqueándome los dos muslos de zanahoria, así lo dice: «Tus dos muslos, homp, homp, de zanahoria, ¡homp!» Papá ríe, es el monstruo oculto de las películas, «¡La licuadora ya te comió!» ruge, relamiéndose, y la saliva brilla en sus dientes, como la sangre. Yo me mantengo de pie a duras penas, mirándolo mareada, el mundo entero me da vueltas: papá, sus ojos, su barba. Quisiera decirle: «Otra vez, otra vez», pero tampoco quisiera decirlo; no soy capaz porque de pronto me dan miedo el trompo y la licuadora y papá cuando parece el monstruo

oculto, aunque también quisiera sentir la voz caliente de papá sobre el ombligo haciendo iplof! iplof!, y después resbalando un poquito, plof, y de pronto hundiéndose más y vibrando, ihomp! ihomp!, aplastada primero, quieta, y luego igual que un resorte, ihomp! ihomp!, sobre los muslos, mordiéndome, y las rodillas, ihomp! ihomp!, quebrándome las piernas como dos zanahorias, iplof!, hasta soltarme en el piso.

El mundo entero se queda quieto, papá está quieto mirándome. Sonríe. «Bien, muy bien —dice su propia voz, sin imitar animales—. Mañana tendrás tu barco.»

Veo que tiene el rostro muy rojo, y suda, seguramente por el esfuerzo que hizo al elevarme como todos los años cuando estoy a un día de cumplir años. Todos los años lo hace. «Habré crecido —pienso—, por fin.» Se acomoda la corbata y pone cara de cuando aparece en televisión; suspira, dice que no tiene tiempo, es tarde. Mira su reloj de oro: «¡Las dos!» mientras mamá se acerca silenciosamente con el abrigo negro desde atrás, como si fuera a sorprenderlo con un beso. Pero hoy no es ayer, hoy no es domingo, no hay beso, únicamente una despedida rápida: papá no sabe si vendrá temprano o tarde. Dice que no se decide a recibir las gentes esas del sindicato, así lo dice, y añade: «Hablan demasiado.» Mamá le ruega: «Recíbelos», y detrás de su ruego su rostro resplandece más lindo pero más frío. Papá no responde. Tampoco se deja ayudar con el abrigo. Se lo pone él y entonces se ve más bajo que mamá, mucho más bajo. Escucho que hablan de una embajada y del papá de Camila y el presidente y por eso me voy volando con los brazos como alas de un avión hacia mi cuarto, iruum!, porque no desearía oír que hablen del presidente y de Camila, pero me detengo cuando voy a subir las escaleras y me vuelvo a mirarlos. Papá y mamá son sólo una mancha junto a la

puerta, papá la abraza, ¿la besa?, sí, la besa breve, mamá es en realidad esa verdadera mancha, debe ser porque hoy se ha vestido de negro, aunque nadie haya muerto, aunque su cara blanca sea igual que un bostezo a punto de caer, un bostezo bello, cierto, pero lejano, acaso porque hoy no es domingo ni sábado y mamá desea que papá la mire triste por su marcha, por su posible charla con los señores esos. No sé.

Voy volando a la ventana de mi cuarto y desde ahí veo a papá que corre a través del jardín hacia el mercedes, el cuerpo inclinado como si empezara a llover y no quisiera mojarse. Veo a Esteban sin su gorra en la cabeza, abriendo la puerta trasera. Esteban es más alto que papá, un gigante que lo cubre. Me pregunto dónde está la gorra de Esteban, si dentro del auto o perdida, en cualquier avenida. De repente me imagino al viento soplando y arrasando como un pájaro la gorra de Esteban. Lo imagino detrás, corriendo inútilmente. Esteban sin su gorra es otro Esteban. Es más cuadrado; es otro Esteban; cierra cuidadosamente la puerta de papá y después se pone al volante y antes de que cierre su puerta lo veo reír igual que si acabara de escuchar un buen chiste. Es extraño verlo reír con papá. Siempre he pensado que Esteban odia a papá. Lo pienso sobre todo cuando me acuerdo de la noche de los enanos, pero prefiero no pensar en esa noche ahora, y no quiero que papá sepa que lo odian. Esteban mira a mi ventana y ríe más, y yo siento que hay alguien tras de mí, es mamá, que todavía parece una mancha, a pesar de que abra la boca un instante y muestre los dientes blanquísimos. Vuelvo a mirar el auto y alcanzo a despedirme de papá, que dice adiós con una mano. Por primera vez descubro que papá es un hombre arrugado. Aunque tenga una barba tan larga y abundante me doy cuenta por primera vez que se está quedando calvo, por

primera vez he visto resplandecer su cabeza bajo la tarde, y comprendo que es ese brillo redondo el que me ayuda a descubrir de un primer golpe de vista cuál es papá en los retratos del periódico, entre los demás ministros, o en la teve, con el presidente y los generales. Esteban, por el contrario, parece hijo de papá. Con ese pelo. Sin su gorra. Cuadrado como un cuadro. Pero sólo parece, porque no lo es, afortunadamente. De modo que me doy vuelta y le pregunto a mamá por qué no tengo hermanos. «Me gustaría tener uno, o dos» le digo, y espero que mamá *entienda* por qué se lo digo. No comprendo su respuesta, pero se ve menos bella, ya no muestra los dientes blanquísimos y sigue pareciéndome una mancha disgustada, vestida de muerto. Encoge los hombros y sale del cuarto. Sólo queda su perfume. Yo pienso otro momento en un hermano, un niño, pero me canso; es difícil pensar en lo que no tengo. Mejor busco a mamá, me digo. Extiendo mis brazos y ahora soy un auto vestido de azul. Voy rodando lentamente hasta el primer piso, al pasillo, a la cocina, y no encuentro a mamá, supongo que estará en el comedor, y regreso, acelero, mis ruedas zumban en las curvas, no está mamá, freno, ¿dónde puede estar?, esta es una casa de tres pisos. Me pongo en marcha, subo las escaleras, mi caja de cambios parece reventar: primera, la oficina, segunda, su propia habitación, tercera, la sala grande, cuarta, la biblioteca, quinta, el salón de juegos, sexta, el cuarto de huéspedes, el de la teve; no la encuentro en ninguno de esos sitios y vuelvo a frenar, mis ruedas chillan, me sale humo azul de la cabeza, me pregunto en dónde está escondida mamá, me pregunto si mamá está jugando a las escondidas conmigo, sin advertírmelo. Pongo reversa y salgo otra vez a la cocina, no es la primera vez que la busco igual que un auto veloz, doy una vuelta campana y hago un descenso de

vértigo por las escaleras, enfilo por el pasillo-avenida y acelero hasta trescientos kilómetros por hora y soy un bólido que quema. Atravieso igual que un rayo la cocina y por fin la encuentro en los jardines interiores de la casa, cambiando de sitio unas materas. «Ah, lo imaginaba», pienso. Debo frenar en seco, para no estrellar a mamá, que está inclinada, que no sabe, pero los frenos no responden, las ruedas suenan más, doy un giro al volante pero es inútil, resbalo hacia ella, voy veloz contra mamá, que está más cerca, que se vuelve a mirarme, cuidado, mamá, huye, voy a romper el cuerpo de mamá, voy a matarla, terminará dividida en cien pedazos, soy un auto que quema y patina contra ella, la quemaré, veo el rostro de mamá disolverse en una mueca de terror, está gritándome: «¡Te vas a callar, idiota, pareces un niño jugando!»

Me quedo inmóvil, a dos centímetros de mamá, «Frené a tiempo» me digo por dentro, y apago mi propio motor y yo misma desciendo de mí, sin que mamá se dé cuenta. Pienso: «¿Ves, mamá? Por eso te he dicho lo del niño.» Mamá me dice que traiga la botella amarilla, que ha dejado en la cocina, en la mesa, y yo vuelvo a subir en mí misma y enciendo mi motor y voy por la botella, llena hasta la mitad. Se la entrego. Mientras tanto me apago yo misma y desciendo cuidadosamente. Mamá bebe un largo trago, me mira, pestañea, me dice: «Perdóname», y vuelve a beber otro trago. Deja la botella en una mesita y se limpia el sudor de sus manos en la falda negra. Su aliento es una arena invisible que me pica en la lengua. Yo la ayudo un minuto a regar los geranios; luego voy a la fuente de patos y finjo que bebo agua con ellos, con la misma felicidad con que mamá vuelve a beber de la botella y se pasea de un sitio a otro; con idéntica sed. Dejo de beber cuando mamá arroja la botella vacía al césped y enciende un cigarrillo y otra vez cambia de sitio

las materas, una y otra vez, interminablemente, hasta dejarlas al fin como las vi al principio. De cualquier manera los jardines se ven iguales, estén o no las materas de mamá, esté mamá o no esté, esté yo o yo no esté.

Los jardines son muy grandes y verdes. Lo más distante es la piscina, detrás de los sauces, azul y vacía: es una lástima, aburre caminar por dentro de una piscina sin agua, de un lado a otro, recogiendo hojas marchitas. Cada vez que la veo pienso en Camila. Hay, más acá de los sauces, una gran cantidad de mesitas rojas con parasoles y sillas metálicas para atender a los invitados. Y más acá está el cuarto del servicio como una casita verde de tejas blancas y ventanita, abandonada, rodeada de pinos, y luego la pequeña fuente de lajas donde el agua se ve tan quieta y tan verde como el césped, sólo los patos se ven vivos. Hay cerca de ahí una gran mesa redonda para el invitado más importante. Por último están los geranios que mamá riega, y los patos cuando deciden dar un paseo. Un pato se aproxima confiado, es el pato del ojo fosforescente. Palpita muy cerca de mí, quiere hablarme, su pico de cuatro pecas negras se entreabre, me recuerda la voz de papá en mi oreja, homp, homp, me recuerda todos mis recuerdos. Mamá suspira y es como si el agua verde se moviera. Yo me siento en el césped, a mirarla. No puedo creerlo: en tan poco tiempo, mientras el ojo fosforescente del pato se acercaba, mamá se ha cambiado de vestido. Me pregunto si el pato y yo estuvimos una eternidad mirándonos, hablándonos, quién sabe. Por mi parte sólo sé que mamá se ha quitado el vestido negro y lleva puesta una bata rosa que parece transparente. La veo feliz, se estrecha las manos, como cuando dice que tiene un buen presentimiento. Puedo oler su perfume desde mi sitio, cada vez que se mueve. Huele a rosas cuando llueve. A eso huele. Es el perfume de su piel, que a veces por

desgracia se confunde con el olor hiriente de la botella amarilla. Y no le pregunto por qué no llenamos la piscina porque ya sé de memoria su respuesta: «Sólo cuando haga sol, cuando haya una fiesta.» La bata rosa es muy alta y veo las piernas de mamá, rectas, que tiemblan un poco cuando ella se mueve, las rodillas son muy redondas, deben ser blandas como sus mejillas a la hora del beso. Veo las rodillas y no quiero pensar en los enanos. Son zanahorias grandes, pienso, y trato de imaginar a papá elevando a mamá hasta el techo, pero no me es posible imaginar eso: mamá es alta, ella sola podría arreglárselas para tocar el techo, y papá, a pesar de su fuerza, quizá no lograría elevarla, aunque sí tenderla en los geranios y besarla, ¡homp! ¡homp!, y sobre el ombligo, ¡plof!, y gruñirle que es una zanahoria. El cuerpo de mamá, tras de su bata, se ve más rosado, acaso por su bata rosa, acaso por la luz que descende del pequeño techo de cristal que se mandó poner para proteger a los geranios del granizo. Las sandalias de mamá son rosadas, como ella. En ese sitio la luz descende en mil fragmentos, en forma de columnas, y pasa veloz por entre el color de su bata. Por un instante veo la cabeza de papá, sólo la cabeza, luminosa, más rosada que las piernas de mamá, rebotando bajo su bata, mordiéndola en las rodillas. Pero cierro los ojos y los abro y ya no veo ninguna cabeza bajo su bata.

Voy donde ella y le pregunto qué hacemos. «Hoy no hacemos nada» dice. Yo pienso: «Qué habré hecho para que esté enfadada», y hago memoria de todos mis actos recientes. No hice nada malo, excepto derramar un vaso de jugo de guayaba en la mesa del comedor, ayer domingo por la mañana. Pero ni papá ni mamá se molestaron. Papá dijo únicamente: «Si tuviéramos una muchacha de servicio, una sola por lo menos, ya tendríamos cambiado el mantel.» Mamá dijo: «Tú muy bien sabes por qué no

tenemos las muchachas.» Tuve que buscar yo misma el mantel (las muchachas sólo vienen por las mañanas, entre semana, a las nueve, y no se quedan a vivir todos los días como antes, se van tan pronto empieza la tarde), y me demoré en encontrar el armario de los manteles: era domingo y me acordaba muchísimo de Camila y suponía que como era domingo ella debía estar en la iglesia, confesándose, de modo que me englobé y mamá gritó: «Tráelo ya» y entonces me disgusté porque me sentí muchacha de servicio. Estaba en el tercer piso y bajé corriendo como una muchacha con el mantel como un gorro doblado sobre la cabeza, así bajé, recuerdo.

Las tardes son más aburridas con mamá, sobre todo en vacaciones, cuando por los asuntos de papá no podemos salir de viaje, sino de vez en cuando, como relámpagos. De todas maneras a mamá no la molesta quedarse, parece. Las dos encerradas, sin nada que hacer, sin hablar nada. Y no llena la piscina porque quién quita, dice, tú no sabes nadar y te caes. Eso dice y yo caigo, me ahogo, me estoy ahogando en la piscina, ningún pato puede ayudarme, ninguna mano dorada viene nadando a salvarme, elevo mi mano, adiós, tengo los pies de piedra, adiós, sólo se ven mis dedos y el agua me da sueño, adiós, debajo del agua todo es más breve, adiós, es más verde y es negro y más blanco y es rápido y uno quiere quedarse para siempre, adiós, adiós, esto es mentira, no estoy ahogándome, la piscina no tiene agua y no estoy dentro de la piscina, pero es igual, pienso, me estoy ahogando, una piscina sin agua también puede ahogar, es otra asfixia, me voy a ahogar, me estoy ahogando de aire, aunque esté lejos de la piscina voy a ahogarme de aire, adiós, soy una piedra hundida hacia arriba en el aire, adiós, debajo del agua en el aire no hay estas tardes interminables como la respiración, adiós, adiós.

Las tardes cambian si regresa Esteban del ministerio donde ha dejado a papá. Mamá charla un momento con él y, según lo que hablen, le ordena que me lleve o no donde Camila, que tiene mi edad —es un poco mayor— y entrará a estudiar en un colegio de monjas cuando terminen las vacaciones. Yo estoy en un colegio de monjas, pero es otro colegio. Camila es hija de una amiga de mamá, Camila también es única hija, y su padre tiene mucho más pelo que papá, no se está quedando calvo, pero no sale en televisión. La mamá de Camila y mamá, por el contrario, tienen muy largo el pelo y parecen gemelas, las he escuchado decir que bebieron del agua de la juventud, ambas prefieren el número siete, son Sagitario, al hablar muerden el tallo de una rosa muy blanca mientras explican que no pueden almorzar con arroz cuando están vestidas de blanco, dicen riendo que demoran tres horas frente al placer del espejo, así dicen, y que nacieron el mismo día y estudiaron Arte de Hablar en París, eso dicen riendo, y en realidad no resulta imposible creerlo: tienen la misma estatura, son altas, los ojos azul celeste, se tiñen el pelo de rojo, ríen igual, usan los mismos colores, van a los baños termales, hacen gimnasia, huelen igual. Camila y sus papás llegaron poco antes de iniciarse las vacaciones, llegaron de México, vivían allá, pero son de acá, y ahora que están acá dicen que no vuelven a allá, que es una lástima. Camila estudiaba en México. Camila es rubia y tiene los ojos color verde brillantísimos. Yo no quiero volver a ver a Camila, no quiero. O sí. Sí quiero.

Recuerdo que fue en la última fiesta de la piscina que conocí a los papás de Camila y a Camila. Conocí a

Camila y la envidié porque tenía zapatos de tacón y se veía más alta que yo y parecía una señorita y yo sola era la niña. Pero cuando nos pusimos los vestidos de baño ambas nos vimos iguales y no le sentí envidia y nadamos, a pesar de que vi que se había pintado las uñas de los pies y yo ni siquiera tenía pintadas las de mis manos. Además, su vestido de baño era de dos piezas, el mío entero, cerrado: nadie me vio el ombligo, a ella sí: un punto oscuro como el mío. Para no ahogarnos usamos unos cisnes enormes, de icopor, que mamá mandó comprar expresamente para la visita de Camila. No nadábamos. Flotábamos. O sí. Sí nadábamos. Y recuerdo que al principio no estaban papá ni el papá de Camila, no llegaban los hombres, era temprano, hervía el sol. Estaban sólo varias amigas de mamá, vestidas de rojo, de verde, de blanco, y siguieron llegando otras señoras anaranjadas y lilas y terracotas y después de saludar lo único que hacían era hablar de mí y de Camila y nos comparaban como si no tuvieran otra cosa que hacer en la vida. Decían: Camila es rubia, sí, pero Juliana es una trigueña encantadora. Los ojos verdes de Camila son un sueño, sí, pero los ojos tan negros de Juliana matarán más de un corazón. Decían eso y mucho más y yo sentía un gran terror porque no me gusta que me miren o me lleven y me traigan y me digan que desfile. Y no quiero que mis ojos maten corazones. No entiendo cómo los ojos de una niña pueden matar un corazón, sería terrible. ¡Un ojo que mata un corazón!, no entiendo. Tenía miedo porque son muchas las veces que mamá se queda mirándome y me dice Dios qué vamos a hacer para quitarte esa cara de niño, Juliana, voy a tener que llevarte donde el doctor Parra Sicard. No dijo eso, afortunadamente, y es por eso que hoy le dije lo de un niño, para que no volviera a

decírmelo; con un niño de verdad mamá se olvidaría seguramente de mirarme.

Las señoras empezaron a olvidarse de nosotras. Unas hablaban de sus maridos próximos a llegar, otras charlaban de perros y oímos que una aseguraba que dormía con cuatro perros a la vez, dos a cada lado, y mientras juraba que aquello era completamente cierto había otra quejándose de su marido que no le permitía andar desnuda dentro de la casa y que por eso iba a divorciarse, y otra añadía que iba a pintarse de verde, exactamente toda y en todos los pelos, decía, uno por uno, íntegra, a ver si su marido la veía dos veces por año, y no la dejaron terminar porque según mamá estábamos nosotras, Camila y Juliana. Pero muy pronto nos ignoraron, a medida que mamá ordenaba que se sirviera más whisky, y más, y más: eran sus botellas predilectas, las botellas amarillas de mamá. Y las muchachas de servicio iban como abejas de un lado a otro llevando pasabocas y copas de vino y champaña, y en una de esas Camila pidió tranquilamente un vaso de vodka en jugo de naranja y se lo bebió. Tuve que admirarla: no hizo un solo gesto, no pestañeó. Yo sólo tomo jugo de guayaba.

Y recuerdo que después de un largo rato, cuando estábamos cansadas de nadar y nos paseábamos por entre las sillas, me vi rodeada de pronto por un montón de señoras que hablaban al tiempo y gesticulaban con furia y olían fuertemente a jazmín. Fue tan repentino que me asombré; igual que si una estuviera caminando muy tranquila entre la gente por la calle y sintiera de repente un tremendo estallido frente al rostro, ¡Pajk!, y una sola sintiera el estallido, nadie más. Me di cuenta que estaba yo sintiéndolo únicamente, en medio de veinte millones de voces. Vi que ni siquiera Camila me acompañaba, era un

griterío ensordecedor, un rugido, las palomas del mundo sacudiendo sus alas al mismo tiempo. Busqué a Camila, pero Camila también gritaba y llamaba y miraba a todas las señoras como si las envidiara, y el estallido iba en aumento. Quise por un instante hablar también con mamá, o con la mamá de Camila, y fue imposible. Quería decirles. Decirles que todas nos estábamos estallando por dentro. «O acaso —pensé— sólo ellas se estallan de ruido, y yo no, ya que yo sola escucho el estallido.» Pero pensé que a lo mejor también yo cargaba por dentro con el estallido, pues escuché que hasta los patos gritaban y gesticulaban por fuera de la fuente, disputándose pedazos de pan. «No —me dije—, yo no estoy estallándome.» Sólo estábamos quietas el agua y yo, en silencio, igual que siempre, y también los geranios, quietos como yo. Y en medio de todo tuve que descubrir que la que más gritaba y agitaba los brazos era mamá, y a su lado la mamá de Camila, ambas con su respectiva rosa blanca temblando en los labios; y las rosas, a pesar de todo, no caían de sus bocas, y sólo yo y los geranios y el agua estábamos quietos y mudos. Entonces decidí entender qué gritaban, para olvidar el estallido, y olvidé que todas estallaban y me reí de una broma que no entendí. Varias mujeres se impacientaban por la demora de sus maridos. Camila y yo también nos impacientábamos: mamá nos había dicho que era posible que llegara el presidente, y yo le pregunté si acaso era posible que también el presidente nadara con nosotras y mamá me dijo nunca aprenderás, Juliana.

Las muchachas anunciaron más visitantes y nos desilusionamos al ver que no eran papá ni el papá de Camila ni mucho menos el presidente. Eran otras señoras, sin acompañantes, que irrumpieron hablando de vestidos. Una de ellas acababa de llegar de París y tenía un animal

muerto en la espalda, a manera de abrigo, y mamá le gritó socorro me va a morder esa maravilla. Y llegaron las dos señoras que animan y dirigen ese programa de la teve para niños: *Juguemos a la Cultura*, que yo no veo porque no entiendo y es aburrido. Camila tampoco lo ve. Llegaron vestidas de negro porque dijeron que había muerto un poeta. «Estamos de luto eterno —dijeron—, acabamos de venir de su entierro», pero nadie hizo silencio y ellas mismas fueron las primeras en reír; agitaron las cabezas y sus moños castaños se movieron. Y llegaron otras usando sombreros y todas nos besaron porque éramos las únicas niñas, qué parejita de bellas, decían, qué par de querubines: ya teníamos el rostro manchado de lápiz labial y ni el agua de la piscina nos lo quitaba. Y estábamos comiendo tranquilas con Camila un mismo postre de piña cuando nos llamaron a que saludáramos y se hizo un silencio total. Al ver por fin a papá yo corrí a abrazarlo y se puso serio y me dijo no, niñita, hoy no me saludas primero, está conmigo el señor presidente de la república, que tuvo la gentileza de acompañarnos. Y yo hice una reverencia, como nos enseñaron mamá y la mamá de Camila, y Camila también hizo su propia reverencia y el presidente habló y dijo y no recuerdo lo que dijo porque sólo me acuerdo del acento de su voz, un gruñido espeso, un bostezo enorme, un eructo eterno, un animal prehistórico, pensé, idéntico a los que se ven en la enciclopedia, que nunca terminan de despertar. Y detrás de sus anteojos cuadrados sus dos ojos se movían lentísimos, helados, los dos párpados enrojecidos a medio caer, y aún así sus ojos se veían más grandes que dos limones, y nos miraron bizcos un tiempo, y seguía gruñendo como una foca de piedra, un animal feo, malvado, hablaba por la nariz —no como papá, que gruñe mejor al imitar la voz de los animales, y que parece de cualquier manera un

mejor animal, un animal bueno, y que de todos modos no es un verdadero animal, aunque imite al monstruo de las películas, homp, homp, plof—. El presidente era un viejo alto y muy gordo y su cuello era como un toro con corbatín, así lo vimos, muy distinto al presidente que siempre vimos en la teve. Nos levantó en cada uno de sus brazos y miró a papá y al papá de Camila y les dijo, eso sí lo recuerdo, haciendo unas pausas infinitas y eructando espesamente mientras alguien nos tomaba una foto: «Doctores, tienen ustedes... la mejor pareja de ranas que encontró mi vida», y todos se rieron a la vez y las señoras corrieron a felicitarnos y empezó el estallido y por primera vez Camila y yo coincidimos en que eso de que las dos fuéramos ranas no tenía nada de gracioso.

Y no nos ocupamos más del gordo bizco, de voz de piedra, y hoy pienso que si el presidente no hubiera hecho lo que hizo, yo estaría pensando que lo único que hizo fue eructar, pero hizo mucho más que eso, «y va a hacer más», pienso hoy, al pensar en ti, Camila.

Seguimos jugando y al poco tiempo todo estaba lleno de fotógrafos y mamá posaba con la mamá de Camila, ambas con la rosa blanca entre los labios, y un viejito uniformado de verde, temblequeante, de gorra verde y guantes negros, que balanceaba un pequeñísimo bastón y llevaba al pecho tres hileras de medallas y banderitas, dijo entre dientes al verlas: «¡Qué par de cucas, Dios!» y entonces mamá y la mamá de Camila soltaron una carcajada y todos los patos desde la fuente les hicieron coro. El viejito se hizo en medio de las dos, se quitó los guantes, las abrazó por la cintura y tembló más y gritó: «¡Foto!» y siguió hablándoles y las dos no paraban de reír. Papá

